**Sócrates** (apuntes de clase)

Sócrates, su personalidad, su vida y su doctrina constituyen **uno de los enigmas más apasionantes y más difíciles de penetrar en la historia de la humanidad**. Ya que nada dejó escrito, debemos apoyarnos en los testimonios de otros autores. Estos testimonios a su vez presentan dificultades de difícil solución. En primer lugar, no son testimonios de historiadores desapasionados y objetivos, sino **reconstrucciones emotivas de discípulos y adversarios**. En segundo lugar, estos testimonios pueden depender unos de otros, o tal vez, de terceros de que nosotros no tengamos constancia. Por último, las imágenes que de Sócrates nos presentan unos y otros, resultan en determinados puntos esenciales, contradictorios entre sí.

Los mimbres para urdir el cesto que la tradición nos ha legado son cuatro: Aristófanes, Jenofonte, Platón y Aristóteles.

**Aristófanes** es un escritor de comedia, y este género literario, permite, -y exige- la distorsión de los personajes y las situaciones. **Jenofonte** y **Platón** conocieron y trataron personalmente a Sócrates, sin embargo, la imagen que de él nos ofrecen es sustancialmente diferente, y en ambos casos teñida de fuertes **tintes apologéticos**. Por ejemplo el Sócrates de Jenofonte es un ciudadano ejemplar, pero de personalidad mediocre, escasamente atractivo y de escaso genio filosófico si lo comparamos con el Sócrates de Platón.

Hay historiadores y filólogos que prefieren el testimonio de Jenofonte, otros prefieren el de Platón, Jenofonte cuenta a su favor con su **honestidad intelectual** y su **escaso talento filosófico**, rasgos que hacen suponer a algunos que, cuando menos, no atribuirá doctrinas filosóficas a Sócrates, no sustentadas por éste. Pero la falta de talento filosófico puede suponer también una desventaja, si es verdad que a un gran filósofo sólo puede comprenderlo otro filósofo de altura.

Esto se vuelve en contra de él y a favor de Platón, **apostar a favor de Jenofonte es apostar a la baja**, excesivamente a la baja si se fía uno solamente de él. **Apostar por Platón es apostar a la alta**, demasiado a la alta, si su testimonio no se pondera y corrige con el de los demás.

Nos queda al fin **Aristóteles**, al explicar doctrinas ajenas es fundamentalmente **honesto y fiable**, el problema en su caso, es que no conoció personalmente a Sócrates, y no sabemos con certeza de qué fuente o testimonio se nutre en cada caso. Tuvo ciertamente oportunidad de investigar y sopesar diferentes testimonios, y su crédito intelectual es notable. Siempre nos quedará sin embargo la duda de si en cada caso **transmite o más bien interpreta lo transmitido**. Aunque se tratara de esto último, creemos que sus observaciones son siempre inteligentes e iluminadoras.

Nosotros nos limitaremos únicamente al **Sócrates de Platón**, y a través de un instante, acaso fugaz, teniendo en cuenta la voluminosa obra de éste, según como lo presenta el diálogo Protágoras. Este diálogo viene a cerrar la etapa de los **diálogos juveniles de Platón**, obras en las que el discípulo **refleja**, según opinión ampliamente extendida en los especialistas, **más fielmente la doctrina del maestro**.

Con respecto al contexto en el que se movió Sócrates, sabemos que un rasgo característico que distingue radicalmente a Sócrates de los demás pensadores griegos del siglo V es su **profunda identificación con su ciudad**, **su enraizamiento vital en Atenas.**

Ni su figura ni su pensamiento podrán ser comprendidos si no se presta la debida atención a la conciencia que Sócrates tenía de su pertenencia a Atenas. Y en esto se diferencia de todos los pensadores griegos a partir del siglo V.

**Se diferencia en primer lugar de los sofistas**. Los sofistas más importantes y antiguos, Gorgias, Protágoras, Pródico, Hipias fueron extranjeros, viajeros sin patria, pensadores desarraigados. En cuanto a los sofistas atenienses, Antifonte o Critias, tampoco sentían ya su identificación con la polis como compromiso real y efectivo con ella, con sus tradiciones, su religión, sus costumbres y leyes. A partir de la oposición entre la naturaleza y nomos, Antifonte llegaba a afirmar que el ciudadano no tiene más compromiso con la ciudad que –si cabe ya hablar de compromiso- el de no transgredir sus leyes públicamente, a fin de evitar castigos y perjuicios. Ni Antifonte ni Critias sienten ya ese profundo respeto a la ciudad que constituía el gran legado de la tradición; legado que los mismos sofistas contribuyeron a debilitar.

**Tampoco los discípulos de Sócrates** se sentirán comprometidos vitalmente como éste con la ciudad. El **giro** que imprime **Platón** al pensamiento político es sumamente significativo al respecto, **el pensamiento platónico gira todo él ciertamente en torno a la polis, pero la ciudad en cuya construcción está empeñado no es ya Atenas ni ninguna ciudad real sino una ciudad utópica, ideal**. Platón piensa para la utopía, mientras que Sócrates piensa y vive para Atenas.

 Tan profunda era la vinculación de Sócrates con su ciudad que prácticamente no salió nunca de ella, excepto en aquellas ocasiones en que sus obligaciones de ciudadano lo obligaron a ausentarse en campañas militares durante la guerra del Peloponeso, en tres oportunidades. Posiblemente una vez haya ido a Delfos con ocasión de rendirle culto al dios Apolo. Pero por fuera de este posible desplazamiento, Sócrates no viajó al extranjero siguiendo la costumbre compartida por los políticos, intelectuales y filósofos de la época como Solón, Herodoto, o el socrático Jenofonte.

 Hay tres **fenómenos que determinan la vida política ateniense**, y que van a influir en el desplazamiento que realiza Sócrates desde sus preocupaciones cosmológicas a cuestiones relativas a la política:

* La decadencia de la polis
* El movimiento sofístico
* El funcionamiento de la democracia

Sócrates se había educado en el respeto a los valores y tradiciones de la ciudad, en el espíritu de Maratón, seguramente todavía vivo en su infancia y juventud. Cuando Efialtes abrió paso a la democracia con su reforma radical en el año 462 Sócrates era un niño que no había cumplido aún los diez años. **En su juventud pudo asistir a un funcionamiento de la democracia impregnado aun de valores tradicionales**, a una política estable y básicamente respetuosa con las leyes, al gobierno inteligente e ilustrado de Pericles. A partir de los veinticinco años, mas o menos tuvo oportunidad de entrar en contacto con los sofistas, cuando Protágoras vino por primera vez a Atenas en ocasión de la fundación de la colonia de Turios en el año 444, Sócrates tenía 26 años de edad; el contacto con los sofistas le debió haber impresionado a Sócrates como impresionó a los atenienses más abiertos y despiertos. Sócrates tuvo la oportunidad de presenciar los derroteros de la política imperialista de Atenas, y ya en su madurez, participó de la Guerra del Peloponeso, al tiempo de los demagogos y a la catástrofe final.

Sócrates debió sin duda sentir profundamente un conjunto de hechos que enmarcan toda su reflexión filosófica, así como el **comportamiento de los políticos y líderes de la asamblea, capaces de dejarse llevar más por las pasiones que por la razón**, más por los intereses exacerbados del momento que por el respeto a la justicia y a la ley. Como protagonista lo experimentó y sufrió él mismo con el episodio de las Arginusas cuando tuvo que enfrentarse sólo a la asamblea toda, recuérdese también el dramático suceso de Mitilene cuando Sócrates recién volvía de la campaña de Potidea en el año 428.

Sócrates observaba cómo las virtudes tradicionales de moderación y respeto a las leyes, pilares básicos de la integración del ciudadano en la polis, se debilitaban, a la vez que se imponían **comportamientos individualistas y demagógicos**. Y **comprendió en fin perfectamente que el comportamiento político de relajación y debilitamiento de la polis, tenía su correlato teórico en las doctrinas de los sofistas**, **en la crítica de éstos al nomos y en el desarraigo que sus enseñanzas generaban.**

Preocupado por la decadencia de la polis, de su ciudad, **Sócrates acepta el terreno de juego de los sofistas**, comparte sus temas filosóficos y a ellos se enfrenta, oponiendo la razón a la razón, el argumento al argumento. No es extraño que los atenienses a primera vista lo tomaran como a un sofista más, aun cuando su talante, sus métodos, su pensamiento y sus objetivos fueran radicalmente distintos como vamos a visualizar en seguida en el diálogo.

En su enfrentamiento con los sofistas el **objetivo fundamental** de Sócrates es el de **recuperar el compromiso del ciudadano con la ciudad**. Pero la historia no pasa en vano, y esta recuperación de los vínculos del ciudadano con la ciudad, no podía lograrse ya en una vuelta ingenua a la situación anterior, cuando no había surgido el individualismo y el ciudadano se identificaba de manera inmediata e irreflexivamente con la polis. La práctica política de la filosofía sofística había introducido ya de modo definitivo e irremediablemente el individualismo, la separación entre el individuo y el estado. Por consiguiente, **la recuperación de los vínculos del ciudadano con la ciudad tenía que intentarse ya inevitablemente partiendo de la conciencia individual**, partiendo del propio individuo consciente, ya de su individualidad frente al estado. Esto es, creo, lo más original y característico del pensamiento socrático, el hecho de que **respetar la ley es respetarse a sí mismo**: he aquí, según pienso el alcance de la idea socrática del **pacto entre el ciudadano y las leyes**, pacto que Sócrates concibe **no como un consenso anónimo y colectivo** sino como un **compromiso personalizado** de cada ciudadano con las leyes de la ciudad. **Para Sócrates, por tanto, la tarea de mejorar la ciudad es inseparable de la tarea de mejorarse a sí mismo el individuo**.

Jaeger habla de que el *Protágoras* descorre por primera vez el velo que cubría los primeros diálogos. Desde él se nos ofrece una perspectiva más despejada de los problemas tratados en las obras anteriores, y que, a través de este diálogo, hasta el lector que no sea capaz de percibir la línea de unidad implícita que había en aquellos, puede ver cómo se resumen en un problema único. La figura de Sócrates como educador se alza aquí ante nuestros ojos ya desde la Apología. En los diálogos menores se desarrolla a la luz de las distintas virtudes concretas el gran problema que llena toda la vida de Sócrates, **el problema de la relación entre la virtud y el saber**.

El Protágoras **no se desarrolla modestamente** como los diálogos anteriores dentro de un círculo muy estrecho como se desarrollaba en realidad la acción del Sócrates histórico. Platón enfrenta aquí en público duelo discursivo a las grandes celebridades de su época; a los sofistas Protágoras, Pródico e Hipias. Elige como escena del diálogo, la casa del riquísimo ateniense Calias, a donde acuden como invitados estas grandes figuras en torno a las cuales agrupan, rindiéndose homenaje y admiración, todo lo que en la sociedad de Atenas representa algo o demuestra algún interés por las cosas del espíritu.

No es importante para nosotros saber si Sócrates vivió o no realmente el episodio que aquí se pinta, **la finalidad elegida por Platón** al elegir los interlocutores del diálogo es clara: para él, Sócrates no es simplemente un tipo original encuadrado dentro del marco cultural de Atenas, sino que pese a su indisoluble vinculación con su ciudad natal, y a la conocida tendencia de empequeñecerse a sí mismo con que gusta de presentarse, **Sócrates descuella por su fuerza y originalidad sobre todas las figuras famosas y consagradas de su tiempo**.

El duelo de **Sócrates** con la **paideia de los sofistas** se presenta en este drama del espíritu que es el Protágoras como una **verdadera batalla decisiva** de aquel tiempo como una verdadera lucha entre dos mundos antagónicos en torno a la hegemonía de la educación.

Un joven discípulo amigo de Sócrates, llamado Hipócrates le despierta antes del amanecer, llamándolo fuertemente a su puerta y rogándole que le deje pasar, en la noche del día anterior, al volver a Atenas, ha oído que Protágoras se encuentra en la ciudad, y este gran acontecimiento le conmueve. Está firmemente decidido a recibir la enseñanza de Protágoras, como tantos otros atenienses de familias distinguidas, que pagan por ello respetables cantidades, y viene a ver tan temprano a Sócrates para rogarle que le presente al maestro. Como preludio al diálogo principal, viene ahora encuadrada en el patio de la casa de Sócrates, paseándose a la espera del amanecer, una charla de puro estilo socrático, en la que Sócrates trata de sondear la firmeza del joven Hipócrates, y hacerle consciente de la aventura a la que desea lanzarse. La modestia tan humana, la sencillez hacen que el joven no se de cuenta de la talla de éste, no comprende ni por un momento que **este hombre tan sencillo que tiene delante es el verdadero maestro**. En este diálogo **Sócrates** no es un anciano venerable como el sofista Protágoras, sino que es **un hombre en lo mejor de su edad y esto contribuye a acentuar la falta de respeto que inspira**. Hipócrates sólo ve en él al consejero y al amigo encargado de facilitarle el acceso a Protágoras a la figura a la que desde lejos admira sin ninguna reserva crítica.

Sócrates le hace comprender con unas cuantas preguntas certeras quién es Protágoras, y ni sospecha siquiera qué es un sofista, y qué puede esperarse de sus enseñanzas; con esto se toca ya un punto que más adelante adquirirá cierta importancia en el diálogo principal entre Sócrates y Protágoras: si el joven quisiera hacerse médico, deberá, le dice recibir las enseñanzas del más importante médico de su tiempo, su homónimo Hipócrates de Cos, y si desease llegar a ser escultor, entonces las de Fidias o Policleto, pero ¿qué busca con Protágoras?

*-Vaya, dije. Ahora, pues, al acudir a Protágoras tú y yo estaremos dispuestos a pagarle un dinero como sueldo por tu persona, si nos alcanzan nuestros recursos y le convencemos con ellos, y si no, aun disponiendo de los recursos de nuestros amigos. Si entonces alguien, al hallarnos tan decididamente afanosos en esto, nos preguntara: «Decidme, Sócrates e Hipócrates, ¿qué opinión tenéis de lo que es Protágoras al darle vuestro dinero?», ¿qué le responderíamos? ¿Qué otro nombre hemos oído que se diga de Protágoras, como el de «escultor» se dice de Fidias y el de «poeta», de Homero, qué calificación, semejante, hemos oído de Protágoras?*

*-Sofista, desde luego, es lo que le denominan, Sócrates, y eso dicen que es el hombre, contestó.*

*-¿Como a un sofista, por tanto, vamos a pagarle el dinero?*

*-Exacto.*

*-Si luego alguno te preguntara también esto: «¿Y tú, en qué tienes intención de convertirte al acudir a Protágoras?»*

*Y él me dijo, ruborizándose -como apuntaba ya algo el día pude notárselo-:*

*-Si va de acuerdo con lo anterior, evidentemente con la intención de ser sofista.*

*-Y tú, le dije, ¡por los dioses!, ¿no te avergonzarías de presentarte a los griegos como sofista?*

*-Sí, ¡por Zeus!, Sócrates, si tengo que decir lo que pienso.*

310e

Aquí se acusa una **diferencia esencial entre la educación sofística y la enseñanza de los profesionales**: los discípulos especiales del sofista son los únicos que estudian su arte con el designio de ejercerlo más tarde como una profesión; **los muchachos atenienses** de familias distinguidas que se congregan en torno a él no **persiguen** –como corresponde a quien no es especialista, sino **un hombre libre**- otra finalidad que la de escucharle para ‘cultivarse’. Lo que el joven del diálogo no sabe decir es en qué consiste esta cultura (paideia), y le da a uno la sensación de que su actitud es típica de la juventud ávida de cultura de su época.

 La confesión de esta ignorancia le sirve a Sócrates de punto de apoyo para exhortarle del peligro al que expone su alma:

*-Ahora bien, Hipócrates, ¿el sofista viene a ser un traficante o un tendero de las mercancías de que se nutre el alma? A mí, al menos, me parece que es algo así.*

*-¿Y* ***de qué se alimenta el alma****, Sócrates?*

*-Desde luego* ***de enseñanzas****, dije yo. De modo que, amigo,* ***cuidemos de que no nos engañe el sofista con sus elogios de lo que vende****, como el traficante y el tendero con respecto al alimento del cuerpo. Pues* ***tampoco ellos saben, de las mercancías que traen ellos mismos, lo que es bueno o nocivo para el cuerpo****, pero las alaban al venderlas; y lo mismo los que se las compran, a no ser que alguno sea un maestro de gimnasia o un médico. Así, también, los que introducen sus enseñanzas por las ciudades para venderlas al por mayor o al por menor a quien lo desee, elogian todo lo que venden; y seguramente algunos también desconocerán, de lo que venden, lo que es bueno o nocivo para el alma. Y del mismo modo, también, los que las compran, a no ser que por casualidad se encuentre por allí un médico del alma. Si tú eres conocedor de qué es útil o nocivo de esas mercancías, puedes comprar sin riesgo las enseñanzas de Protágoras y las de cualquier otro. Pero si no, ten cuidado, querido, de no jugar a los dados y arriesgarte en lo más precioso.* ***Desde luego hay un peligro mucho mayor en la compra de enseñanzas que en la de alimentos****. Pues al que compra comestibles y bebidas del mercader o del tendero, le es posible llevárselas en otras vasijas, y antes de aceptarlas en su cuerpo como comida o bebida, le es posible depositarlas y pedir consejo, convocando a quienes entiendan, de lo que pueda comerse y beberse y de lo que no, y cuánto y cuándo. De modo que no hay en la compra un gran peligro. Pero las enseñanzas no se pueden transportar en otra vasija, sino que es necesario, después de entregar su precio, recogerlas en el alma propia, y una vez aprendidas retirarse dañado o beneficiado.*

314b

 Es una **maliciosa comparación** ésta de Platón ente un sofista y un mercader ambulante que brindan al comprador por dinero las mercancías importadas. Hay, sin embargo, entre éstos y aquél una diferencia muy considerable en detrimento del sofista; la siguiente: mientras que el mercader vende víveres que es posible llevarse a casa en recipientes que se traen para ello y que se pueden probar antes de comerlos, el joven Hipócrates deberá consumir inmediatamente sobre el terreno el alimento espiritual que Protágoras le suministre, y asimilárselo directamente en su propia alma sin saber si le favorece o le perjudica.

 Por tanto, vemos aquí deslindarse **dos tipos de educador**: **el sofista que embute en el espíritu humano al buen tuntún toda clase de conocimientos**, y que por tanto representa al tipo de educación standard de todos los tiempos hasta los actuales, y **Sócrates, el médico de almas** para quien el saber es el ‘alimento del espíritu’ y que se preocupa ante todo de conocer qué será provechoso para éste y qué será perjudicial. Claro está que Sócrates no se presenta ni mucho menos como un médico de esta clase, puesto que dice que para la alimentación del cuerpo en caso de duda se debe consultar como experto al médico y al gimnasta, surge por sí misma la pregunta de quién sea el experto llamado a dictaminar en caso de necesidad acerca del alimento adecuado para el alma. Si lo hubiese, esta enérgica comparación sería una buena pintura plástica de lo que es el verdadero educador tal como Sócrates lo concibe.

Preocupados por el problema de lo que es el verdadero educador, ambos personajes se ponen en camino hacia la residencia de Calias.

Cuando por fin logran entrar, encuentran a Protágoras paseándose por el atrio, seguido de un gran séquito de conocidos personajes atenienses, Sócrates le presenta a su amigo y le informa de su propósito de recibir las enseñanzas del sofista. Le dice que Hipócrates piensa abrazar la carrera política en su ciudad natal, esperando que las enseñanzas de Protágoras le serían muy útiles para ello. Lo recomienda como hijo de una familia rica y distinguida y como un joven de ambición y talento. Protágoras explica el carácter de su enseñanza:

*-De este modo, ahora, también tú contéstanos al muchacho y a mí, que preguntamos:*

*-Este Hipócrates que anda con Protágoras, cada día que lo trata, se retira hecho mejor y cada uno de esos días progresa... ¿en qué, Protágoras, y sobre qué? Protágoras, después de escucharme, dijo:*

*-Preguntas tú bien, Sócrates, y yo me alegro al responder a los que bien preguntan. Hipócrates,* ***si acude junto a mí, no habrá de soportar lo que sufriría al tratar con cualquier otro sofista****. Pues los otros abruman a los jóvenes. Porque, a pesar de que ellos huyen de las especializaciones técnicas, los reconducen de nuevo contra su voluntad y los introducen en las ciencias técnicas, enseñándoles cálculos, astronomía, geometría y música -y al decir esto lanzó una mirada de reojo a Hipias. En cambio, al acudir a mí aprenderá sólo aquello por lo que viene.* ***Mi enseñanza es la buena administración de los bienes familiares, de modo que pueda él dirigir óptimamente su******casa, y acerca de los asuntos políticos, para que pueda ser él el más capaz de la ciudad, tanto en el obrar como en el decir.***

*-¿Entonces, dije yo, te sigo en tu exposición?* ***Me parece, pues, que hablas de la ciencia política y te ofreces a hacer a los hombres buenos ciudadanos****.*

*-Ese mismo es, Sócrates, el programa que yo profeso.*

*-¡Qué hermoso objeto científico te has apropiado, Protágoras, si es que lo tienes dominado! Pues no se te va a decir algo diferente de lo que pienso. Porque yo eso, Protágoras, no creía que fuera enseñable, y, al decirlo tú ahora, no sé cómo desconfiar. Y por qué* ***no creo que eso sea objeto de enseñanza ni susceptible de previsión de unos hombres para otros, es justo que te lo explique****.*

* 318 a / 319 b epángelma

Aquí Protágoras realiza un *epángelma*, tarea que formaba parte de todo sofista ambulante y que era, a falta de un gremio de profesores sedentarios y con sueldo fijo, una especie de autorreclamo necesario. El epángelma es la ‘promesa’ que el maestro hace al discípulo de enseñarle una determinada cosa. El verbo es epangelestai, en latín la palabra equivalente es profiteri, de donde se deriva el término de profesor empleado en el Imperio romano para designar al sofista dedicado a la enseñanza. Existían también otras profesiones ambulantes, como la de médico que exigían una propaganda de sus cualidades análogas a ésta.

**El epángelma constituye una de las pruebas más claras de la aparición de una nueva clase de hombres consagrada profesionalmente a la alta cultura de la juventud adulta**. Hasta entonces, ésta había consistido exclusivamente en el trato privado (sunousía) de los jóvenes con hombres maduros dentro del círculo de sus amistades, que es todavía el carácter que presentan las relaciones de Sócrates con sus jóvenes amigos. Cada vez más va a parecer en la época como pasada de moda y ajena a lo profesional.

Por esta razón, la sofística y su tipo de educación tienen la fuerza de atracción de lo nuevo, que Platón encarna, con tanta ironía, en la figura del joven Hipócrates. Parece contradictorio que **Platón**, que era a su vez fundador de una escuela, se manifiesta tan crudamente en contra del profesionalismo de los sofistas. Sin embargo, su escuela se basaba sobre el **principio socrático de la amistad (filía)** y pretendía proseguir a través de su dialéctica la vieja forma de la educación mediante el trato personal.

**Protágoras** no recomienda su arte por razones de novedad y de actualidad, sino, por el contrario, **presentándolo como antiguo y acreditado desde hace ya largo tiempo**, ‘confiesa’ públicamente que es un sofista, un maestro profesional de alta cultura y un educador de hombres. Por eso aprovecha de buen grado la ocasión que se le brinda de exponer de cerca ante quienes lo escuchan la esencia de esta cultura. Protágoras profesa con toda solemnidad de que, **con sus enseñanzas, Hipócrates hará progresos diarios e incesantes hacia lo mejor**.

Al llegar aquí, interviene Sócrates para preguntar **en qué hace mejores a sus discípulos la educación de Protágoras** y con esto vuelve al problema que se había dejado sin resolver en el diálogo preliminar: **el de la esencia y la finalidad de la educación sofística**.

Protágoras entiende que los jóvenes que han pasado por la acostumbrada enseñanza de tipo elemental y que ahora aspiran a completarla mediante una cultura superior que los prepare, no para una profesión determinada sino para la carrera política, no quieren entregarse a nuevos estudios técnicos determinados, porque necesitan otra cosa, y esto es lo que él quiere enseñarles: **la capacidad de orientarse certeramente a sí mismos y de orientar a los demás acerca del mejor modo de administrar su casa y de dirigir con éxito, de palabra y de hecho, los asuntos del estado**.

Aunque Protágoras no da a la transmisión de esta capacidad, por oposición a lo que ocurre con las matemáticas, el nombre de una disciplina o de una techné, reconoce ante las preguntas de Sócrates que con ello se erige en maestro del arte político y asume la pretensión de educar a los hombres para que sean buenos ciudadanos.

Sócrates reconoce que esta es una alta finalidad, pero muestra sus dudas acerca de la posibilidad de estimular esta virtud por medio de la enseñanza; **en la época, esta pretensión sofística de enseñar la areté, contaba con recelos tanto por los sectores aristocráticos como por los defensores de la democracia**, aunque por razones distintas: los primeros, porque entendían que la areté se heredaba con la sangre, y los segundos porque entendían que solamente en la práctica política, en la asamblea, uno podía adquirir las destrezas necesarias para el éxito.

Veamos a cuál de estas dos posturas se acerca el Sócrates de Platón, pero en cualquier caso, es importante destacar que **es a partir de esta sospecha que Sócrates da inicio a su tarea filosófica**.

Sócrates aduce en favor de esta sospecha diferentes experiencias conocidas, públicas y privadas:

**En las asambleas del pueblo** y en la vida pública en general rige exclusivamente el consejo de los más destacados expertos en materia de arquitectura, de construcción de buques, de todos aquellos asuntos que son objeto de una determinada especialidad o de un arte determinado, y si un profano se atreviese a dar su opinión en estas cuestiones se le obligaría a descender de la tribuna entre risas generales.

En cambio, tratándose de materias en que nadie puede dárselas de experto, porque no constituyen ninguna especialidad, cualquiera puede levantarse en la asamblea del pueblo, lo mismo el zapatero que el carpintero o el herrero a dar su opinión en voz alta, y nadie le gritará en la tribuna porque esté hablando de algo que no le ha enseñado ningún maestro, pues estas materias no se consideran susceptibles de ser enseñadas.

**En la vida privada** sucede lo mismo, los hombres que más descuellan por sus cualidades espirituales y morales no disponen de medios para transmitir a otros las cualidades que les distinguen, su areté. Pericles, el padre de dos jóvenes aquí presentes, les dio una educación excelente en todo aquello para que existen profesores, pero en aquello en que estriba su propia grandeza no los educa él ni los entrega a otro para que los eduque, sino que **los deja libremente que hurguen como reses sueltas “por si acaso espontáneamente alcancen por su cuenta la virtud”, como si la areté fuese a posarse sobre ellos por sí misma**.

Es el problema sobre el que tantas veces insiste Sócrates, de por qué se da con tanta frecuencia el caso de que los hijos de los grandes hombres no salgan a sus padres.

En opinión de **Jaeger**, con esto **Sócrates recoge en forma filosófica una idea fundamental de la aristocracia** que Píndaro había representado y que la pedagogía racionalista de los sofistas dejaban más bien a un lado, en vez de detenerse a refutarla: **la areté no es obra humana, sino un don de los dioses**: “Hasta ahora siempre había creído que si los buenos se hacen buenos no es por obra de los cuidados del hombre”.

Esta es la objeción principal que realiza Sócrates antes y después del discurso de Protágoras. Es por demás llamativo cómo esta concepción religiosa aparece mezclada en **curiosa aleación** con el sobrio realismo que da la experiencia de la esterilidad de tantos esfuerzos humanos bien intencionados.

**Protágoras** desplaza hábilmente la discusión y examina el punto de partida de sus nuevos conocimientos sociológicos, intentando probar mediante el análisis de la vida social humana, de sus instituciones y necesidades, que **sin tomar como premisa la posibilidad de educar la naturaleza humana todas estas instituciones, que de hecho existían, perderían su sentido y razón de ser**.

La larga exposición que realiza Protágoras le permite a Platón hacer brillar al sofista –que es al mismo tiempo un maestro de la forma- en todas las modalidades de la retórica.

Este es el final del mito del nacimiento de la cultura del que se sirve Protágoras para fundamentar su arte,

*Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza, y envió a Hermes que trajera a los hombres el sentido moral y la justicia, para que hubiera orden en las ciudades y ligaduras acordes de amistad. Le preguntó, entonces, Hermes a Zeus de qué modo daría el sentido moral y la justicia a los hombres: «¿Las reparto como están repartidos los conocimientos? Están repartidos así: uno solo que domine la medicina vale para muchos particulares, y lo mismo los otros profesionales*.

*¿También ahora la justicia y el sentido moral los infundiré así a los humanos, o los reparto a todos?» «A todos, dijo Zeus, y que todos sean partícipes. Pues no habría ciudades, si sólo algunos de ellos participaran, como de los otros conocimientos. Además, impón una ley de mi parte: que al incapaz de participar del honor y la justicia lo eliminen como a una enfermedad de la ciudad.*»

322 a /d

 Sócrates se confiesa arrollado y derrotado, pero su aparente asombro exento de crítica es más bien la expresión irónica del hecho de que no piensa seguir a Protágoras a este terreno, en el que le sería difícil darle alcance.

Este **arte dialéctico de Sócrates** se revela triunfalmente en el siguiente intento de atraer al adversario a su propio terreno. De este modo se completa el contraste entre las dos partes empeñadas en el duelo, contraste que no alcanza sólo a la posición de principio que cada una de ellas mantiene en relación a la educación, sino que abarca también una **comparación plástica de sus respectivos métodos didácticos**.

Sócrates parece sumarse al coro de alabanzas y sólo pide que se le aclare un punto concreto:

*Detállame, por favor, exactamente con un razonamiento, si la virtud es una cierta unidad y si son partes de ella la justicia, la sensatez y la piedad, o estas que yo ahora nombraba son, todas, nombres de algo idéntico que es único. Eso es lo que aún ansío.*

328 d/329d

La educación del hombre en la virtud política tenía, según el mito que presenta Protágoras, únicamente la misión de desarrollar en él este don natural y social. La mención de la virtud en general y de **las virtudes especiales de la justicia, la prudencia y la piedad, le sirve a Sócrates de asidero para concentrarse en su problema peculiar**.

Protágoras le sigue ingenuamente al terreno poco familiar para él de estas sutiles distinciones lógicas, cuyo sentido no percibe con claridad por el momento, como tampoco lo percibirá seguramente el lector.

En el diálogo Cármides por ejemplo se trataba de llegar a un acuerdo no sobre el significado de la palabra “prudencia” (significado común) sino de llegar a tal acuerdo estableciendo qué es realmente la prudencia (significación objetiva), y lo mismo en el caso de las restantes virtudes en los demás diálogos menores, éste es el **programa socrático**. En el Protágoras se dan por supuestas las investigaciones sobre las distintas virtudes hechas en los diálogos anteriores, **Sócrates se esfuerza en buscar lo análogo en las diferentes virtudes**.

Este programa socrático se basa en una tesis fundamental, en **la tesis de que la aplicación de un predicado general a una pluralidad de individuos supone la presencia en éstos de ciertos rasgos (o rasgo) idénticos e identificables**. Así, el hecho de que llamemos árboles a ciertos vegetales supone que, en todos ellos, a pesar de su diversidad, se halla presente algún rasgo o rasgos comunes en virtud de los cuales todos ellos son árboles y no otra cosa. Esta idea se le ha llamado **conceptualismo socrático**. Platón radicalizó esta tendencia.

Aristóteles concede a Sócrates el mérito de haber sido el primero en utilizar (en utilizar reflexiva y sistemáticamente) **dos instrumentos primordiales de la ciencia: la inducción y la definición**. La definición universal es el resultado, la inducción es el camino o procedimiento para llegar a aquélla.